

**UN CASTILLO
EN BENAVENTE.**

Benavente castellano,
clavado en un altozano
de Castilla.
¡Qué cerca y al par lejano!
Un caballero
soñó un castillo guerrero
recostado en la colina.
Hoy sus viejos torreones
por grietas y lagrimones
ya sin dueño
ni apostolado centinela,
rubrican altos la vela
bajo la piedra de un sueño.
Triunfal un viento recorre
por la esquina de una torre
del homenaje, —aún vigía
vertical—, su alada gloria.
Alto Parador abierto
a una nueva sinfonía.
Son los ecos de la historia.
Concierto
donde simétricas flores
de jardines y colores
jilguerean en la Mota.
El viento sutil se baña
de un femenino donaire.
Hay una nube que empeña
la sutileza del aire.
El corazón de Castilla.
Benavente.
Yo le canto.
Voz sencilla
de una amargura sin llanto.
Castillo de los castillos,
cinturones de la altura
colgados, luz tan pura
y española
que el cielo la tornasola.

Miguel H. Miñambres.

**A MI PUEBLO NATAL
SAN CRISTOBAL DE ENTREVIÑAS**

Pueblo de agricultores y artesanos
en carros de anchas ruedas carpinteras,
rechinando de bálago en las eras
que trillaban al ruedo en los veranos.
Pueblo que oficia con sus propias manos
rituales aperos en austeras
jornadas. Sus lindes y fronteras
deslindan horizontes cotidianos.
Goces del Regalar cerca del río
Esla que le regala y tornasola
desprendido resol desde el rocío.
Rodó el destino ciego aquí mi cuna,
en esta orilla como el mar la ola,
y Libra me arropó no sé en qué luna.
Aquí nació Miguel. Era una calle
de talleres y oreos de campiñas.
Mi pueblo, San Cristobal de Entreviñas
me dio la luz primera y su ventalle.
Como hierba minúscula en el valle,
nacé cuando maduran en las viñas
los racimos, en el pinar las piñas,
y en la espadaña se cimbreaba el talle.
Este canto que os doy, llanto de noria,
sangre de sus mineros cangilones,
es mi aliento mortal y mi memoria
si algo queda de mí. Yo sí os diría
gracias por este nombre, a borbotones
del corazón, y así rubricaría.

Miguel Miñambres.